

Me tomo unos años libres

Cuando el 3 de octubre de 1998 el Canciller Ferrero renunció irrevocablemente a su cargo, yo me encontraba en una reunión internacional en el local de la Comunidad Andina de Naciones CAN, siendo informado de ello por mi recordado amigo Embajador Sebastián Alegrett, entonces su Secretario General. Estimo que Eduardo no me comunicó su decisión, posiblemente porque consideró que siendo yo un antiguo funcionario de carrera, tratar el asunto conmigo podría entenderlo como una presión que, como amigos por décadas, no debía imponerme.

Me dirigí inmediatamente al Ministerio e hice solamente una llamada, a Kille, comunicándole la noticia y diciéndole que pensaba renunciar a mi cargo y pasar a la situación de disponibilidad en el Servicio Diplomático. Ella, aun sabiendo que íbamos a iniciar una travesía del desierto, no vaciló un instante en animarme a que hiciera lo que creía adecuado. Hay deudas muy difíciles de pagar. El resto fue, como dice mi hermano Ricardo, hacer la carpintería. Con Néstor Popolizio, Jefe del Gabinete del Ministro y Carlos Pareja Jefe de mi Gabinete, preparé los pedidos de renuncia a mis cargos y pasé a la situación de disponibilidad y los envié inmediatamente a la firma de mi amigo, aún Canciller ese día, quien aceptó mi decisión, de la que nunca me he arrepentido.

En los años que estuve fuera del servicio activo hice consultorías para varias organizaciones internacionales, enseñé y escribí. También recibí no pocas invitaciones de Naciones Unidas e instituciones académicas extranjeras para viajar y participar en encuentros internacionales sobre temas de desarme, seguridad internacional y otros que me interesaban de tiempo atrás y sobre los cuales había investigado y publicado libros, ensayos y artículos.

Por sugerencia del destacado Embajador de Francia Antoine Blanca, gran amigo del Perú y mío, fui elegido Presidente del Consejo Directivo de la Alianza Francesa de Lima; más que centenaria institución que promueve el conocimiento de la lengua y actividades culturales de ambos países, en los que actué pro-bono algunos años, con empeño y satisfacción. Años más adelante, ya en situación de retiro, el Consejo Directivo de la Unión Latina me honró con la designación como Representante en el Perú. Acepté con agrado ese encargo pues durante mis años de Embajador en París fui también Representante ante ese organismo internacional. Durante el encargo, logré organizar algunas actividades de carácter cultural y de difusión de la importancia de las lenguas latinas.

También fui varios años miembro del Directorio de Instituto Peruano de Acción Empresarial IPAE, prestigiosa institución del sector privado promotora de múltiples actividades en los sectores de educación, lucha contra la corrupción, desarrollo económico y social, tecnología y otros. Además, organiza hace más de medio siglo la Conferencia Anual de Ejecutivos CADE, notables encuentros temáticos de políticos, empresarios, académicos y figuras emblemáticas en diversos campos en el Perú y el extranjero. Años antes, en la sesión de CADE 2000 sobre Educación y Cultura, me confiaron el honroso encargo de la coordinación de este último tema, que siempre me ha interesado por su valor intrínseco y por su enorme potencial para el desarrollo económico y social del país.

Con un grupo de amigos con los que compartimos intereses en temas de relaciones internacionales, política exterior, seguridad y otros de actualidad en este mundo globalizado, establecimos el Consejo Peruano de Relaciones Internacionales COPERI, como institución sin fines de lucro orientada a promover el interés y el debate académico y social sobre los

mismos. Hemos realizado algunas actividades y esperamos incrementarlas en el futuro, porque es indispensable dejar atrás la tendencia de muchos a mirarnos el ombligo; y hacer de cuenta que no existiera el mundo exterior en que estamos más insertos que nunca en nuestra historia.

Como ya era casi usual, también en esos años recibí un número de invitaciones de instituciones académicas en América Latina y Europa para participar en reuniones y eventos sobre algunos de los temas de los que me ocupaba. Ello fue propicio para preparar más ensayos y artículos; lo que nunca fue una tarea desagradable. Además, en varias oportunidades, Kille me pudo acompañar pues no tenía la presión de tiempo de las épocas “laborales”.

En conjunto, todas fueron desafiantes y valiosas experiencias que me mostraron que se podía vivir fuera del Estado, guardo grato recuerdo de ella y espero continuarla cuanto sea posible, porque como dijo mi estimado amigo Enrique Iglesias, se es viejo cuando se dedica más tiempo a los recuerdos que a los proyectos.